

militar con este título: «Concentración sobre un punto ocupado por el enemigo.» La batalla de Anniers, se llamaba también «defensiva pasiva.» La marcha de Bourbaki en el Este, era incomprensible, porque los otros desastres tenían nombre, pero el acorralar á un grande ejército sobre una frontera neutral, y descubrir toda su línea de operaciones en largo trayecto de ciento cincuenta kilómetros, eso ya no tiene calificación ni nombre.

Así es que presentía la rendición de Francia, como presentiera la rendición de Metz. Y este presentimiento le trastornaba el seso. Dirigiase á todos sus amigos y compañeros de armas conjurándoles á resistir tamaña afrenta. Dadme la patria ó dadme la muerte; gritaba con sublime desesperación. La defensa á todo trance no le parecía en verdad una utopía. Aun después de tantos desastres, Francia tenía muchos soldados, inmenso material de guerra, la línea del Loira, que es una frontera excelente, sobre todo conservando á Bourges; los desfiladeros de la Auvernia, capaces de detener un ejército y de obligarlo á romperse en dos para ir contra Lyon y Burdeos á un tiempo, operaciones peligrosísimas, espuestas á derrotas ciertas, única esperanza de salud para Francia, que entregándose, cometía la falta de todos los pueblos excépticos y ricos, la falta de Cartago, aceptar en una paz fácil una ruina cierta; cuando Roma ante Anibal, Holanda ante Felipe II y Luis XVI, España ante Napoleon el Grande, han mostrado cuánto vigor se adquiere y qué victoria definitiva en los extremos de una verdadera resistencia.

Consumada la paz, ya no tuvo su dolor freno; y al ver que en París se levantaba una bandera de insurrección contra el gobierno, creyó que en aquella bandera estaba también escrita la guerra al prusiano, y corrió á unirse al gobierno de París. Seamos justos. Los gritos de guerra que se habían fuertemente lanzado en los clubs y en las reuniones pú-

blicas; los cien mil milicianos acostumbrados al fuego, y decididos por pelear que contaba París; los formidables y prestigiosos fuertes; el inmenso material de guerra; los arrebatos revolucionarios de la gran ciudad, sus horas de inspiraciones sublimes determinaron el ánimo de Rossel á recurrir á este último y supremo refugio como los infelices perseguidos por las aguas del diluvio, trepaban á las inaccesibles cimas de los altos montes, en pos de vanas esperanzas y de inútiles asilos. Así es que en Nevers trataron de disuadirlo, y persistió, declarando que iba á París, no tanto para buscar una victoria, como para abrazar un sacrificio. Sin embargo, pasaban sucesos que bien podían retraerlo. En el camino supo la muerte de Thomas y de Lecomte; al llegar á París leyó los nombres en los anuncios oficiales de Lullier y de Assi; crímenes, locuras; pero en su estoicismo lo atribuyó todo á males, consecuencia necesaria de la revolución, que sólo se purifican y engrandecen por la energía de los mejores y más desinteresados ciudadanos.

Apenas llegado, nombráronle jefe de la décima-sétima legión. Y en aquellos primeros días de Marzo consagróse á dos empeños difíciles; á burlar las maniobras de los que tentaban una reacción hácia Versalles, y á salvar á las primeras víctimas de los revolucionarios de París. Elegida la Comunidad, contribuyó en mucho Rossel á sostener su soberanía; obra dificultosísima, porque en aquel caos de competencias y de rivalidades sin número entre la Comisión central y las federaciones de los milicianos nacionales, entre los nuevos y los antiguos alcaldes, entre los jacobinos y los federales, entre los barrios del centro y los barrios de los extremos, entre los Consejos de legión y los comités de distrito, entre los elegidos regularmente en elecciones con solemnidad convocadas y los alzados por el título un tanto primitivo y salvaje de primeros ocupantes; el hilo de la autoridad se rompía, como sucede siempre que

al tumulto de las revoluciones ó de los golpes de estado naufraga el principio más necesario al buen orden de las sociedades humanas, el principio de legalidad. Así es que los demagogos de la Comunidad tenían á sus piés innumerables juntillas de otros demagogos inferiores, y por lo mismo más exaltados, que los aborrecían á ellos como ellos aborrecían á los diputados de Versalles. El fondo de la demagogia nadie lo ha encontrado todavía.

Mucho trabajó en la guerra civil á fin de que París triunfara, pero inútilmente, á causa de la pésima calidad de sus tropas. Una vez que le entregaron dos mil hombres para atrevido reconocimiento tuvo que volverse en seguida. Dos batallones iban completamente borrachos; otros se quejaban de no haber comido ni un bocado; si la cabeza de la columna seguía fascinada por la autoridad de su comandante, la retaguardia se dispersaba, unas veces al pánico, otras al cansancio; ora corriendo como almas que lleva el diablo, ora sentándose al borde de los caminos en la más completa indisciplina y en el más confuso desorden.

No hay como esta enseñanza de la Comunidad revolucionaria para aprender cuán imposible es ni siquiera un efímero reinado de la demagogia. Rossel, joven de carácter íntegro, de ideas arraigadas, de servicios republicanos, era seguido por una nube de espías que celaban sus movimientos, que prometían rematarlo al menor asomo de traición como si en el mundo pudiese existir ni el gobierno, ni la guerra, ni el comercio, ni la autoridad arriba, ni la obediencia abajo sin una prudente, pero segura confianza. Así es que los mismos guardias nacionales tenían recelos de obedecer al que veían expiar. Y cuando Rossel trató de castigar las faltas, de rehacer la disciplina, de despedir á los incapaces, se encontró con que una de aquellas juntas de distrito sin autoridad y sin mandato, agarrada á combatido fragmento de au-

toridad como el naufrago á la tabla de la nave deshecha, lo prendió y lo llevó, á guisa de conspirador á Versalles, á la Prefectura de policía. Bien es verdad que, cruzándose allí las órdenes y las contra-órdenes en una infernal contradanza, á las pocas horas le echaron á la calle con la misma sin razón y la misma arbitrariedad con que lo habían estúpida-mente encerrado en la cárcel.

A los diez días de esta vida sólo pensaba Rossel en abandonar á París cuando lo sorprende una carta de Cluseret, elevado á la categoría de ministro de la Guerra ó delegado á guerra, carta en que le pedía aceptase el nombramiento de jefe del Estado mayor. Mucho le contrarió al pronto, pero todavía iluso, todavía esperanzado, encárgose el joven militar de tan difícil puesto. Imposible comprender la desorganización de la Ciudad comunera. El jefe de Estado mayor no podía hacer nada en la necesidad de recibir los pretendientes, los inoportunos, los buscones de noticias, los oficiales en queja de sus capitanes, los milicianos en queja de sus oficiales, los centinelas que dejaban su facción para pedir vituallas ó municiones, enjambre horrible que le embarazaba con sus zumbidos y sus picaduras, alfilerazos que matan, y le impedían atender á los asuntos capitales, á la organización, á la disciplina, indispensables siempre, y mucho más allí donde había jefes que se reían de las órdenes superiores, juntas que secuestraban los cañones, cuarteles erigidos en cantones independientes, guardias resistiéndose á todo relevo ó marchándose sin esperar á que las relevaran, coroneles sin regimiento y con Estado mayor y piquete, conserjes adornados de las insignias de jefes superiores, médicos seguidos de escoltas reservadas á los generales, muchedumbres innumerables de parásitos con caballos, raciones y tres ó cuatro sueldos.

Componíase el ministerio de Cluseret y de Rossel, con tres ó cuatro inútiles subalternos, parásitos de todo poder y de toda influencia. Aplicóse este, pues, al arreglo de las oficinas.



Dombrowski, protegido de Felix Pyat, fué encargado de las operaciones militares en reemplazo de Bergeret. La mayor falta del nuevo ministro de la Guerra consistía, en su incertidumbre que le llevaba á revocar hoy lo mismo que dispusiera ayer; y á disponer mañana lo mismo que antes habia revocado. Así modificó por dos veces con modificaciones contradictorias la organizacion de las compañías de marcha; y elevó á tres francos diarios la soldada de los artilleros, medidas que dieron las más funestas consecuencias y aumentaron el general desorden. La sencillez de la democracia se alteró con un complicado juego de ruedas inútiles. El recelo y la desconfianza nombraron una comision veneciana, digna del Consejo de los Diez, cuyas dos cabezas eran el gárrulo Pyat y el sombrío Delescluze, con el expreso encargo de celar á Cluseret, á quien perseguian como si fueran sus interiores y tenaces remordimientos. Y por lo mismo todo lo por hacerlo embarazaba y descomponia todo lo hecho aquella comision exploradora, con sus visitas repetidas, con sus preguntas extrañas, con sus apariciones y sus desapariciones súbitas, con sus telégramas continuos, con sus delegados incapaces, con la recomendacion de inventores ignaros ó de empleados corrompidos y borrachos. ¡Cuántas veces, quizá en los conflictos más graves y en los momentos más supremos, penetraban, como aparecidos, en los despachos de Cluseret y de Rossel, para celarlos, impidiéndoles realmente así todo empleo útil de tiempo y de trabajo!

A su cargo de jefe de Estado mayor, tuvo que reunir otro cargo, la presidencia de un alto consejo de guerra. Esta nueva comision tenia por objeto aparente el restablecer la quebrantada disciplina, y por objeto verdadero el apartar á Rossel todo lo posible del ministerio de la Guerra. Los celos de su jefe llegaron basta el punto de no someterle cosa alguna, de no consultarle jamás, con lo cual se consiguió que todas las órdenes se embrollaran y todas las instrucciones se confundie-

ran por ignorancia ya de su sentido, ya de su trascendencia. Así el jóven oficial de Ingenieros se encerró cada dia con más dureza de carácter y más aislamiento de relaciones en aquel tribunal consagrado realmente á restablecer y restaurar el ejército. Y aun allí nada pudo hacer que fuera de provecho. Cuando la disciplina se relaja hasta el punto que se relajó en París, cuando los deberes militares se olvidan, cuando el ejército no sirve ni para el ataque ni para la defensa, cuando toda gerarquía se rompe, y toda autoridad se desacata, no hay más remedio que aplicar con todo su rigor la ordenanza y acudir al castigo. Europa no tiene ningun repúblico que haya prestado á la libertad y á la democracia los servicios de Garibaldi. Nadie le aventaja en dulzura de carácter y en humanidad de sentimientos. Y Garibaldi, para recomponer la autoridad en el ejército de su mando durante la guerra franco-prusiana, tuvo que fusilar á veintisiete soldados en una sola mañana. Rossel queria por la severidad del castigo alcanzar la recomposicion de aquel ejército popular, recomposicion imposible por la persuasion y el ejemplo. Mas como era de ley que las sentencias se consultasen con la Comision ejecutiva de la Comunidad revolucionaria, y la Comision ejecutiva de la Comunidad revolucionaria indultaba á todos los condenados, la indisciplina se agravó con el terrible espectáculo del castigo irrisorio y de la impunidad triunfante. Al ver esto, Rossel se cansó, y se cansaron los vocales de sus inútiles trabajos. Donde quiera que se levantaba un asomo de autoridad, la Comunidad veia un peligro. No se gobernarán jamás así las sociedades humanas.

Rossel presentó su dimision de los dos cargos, de la comandancia general del Estado mayor y de la presidencia del supremo Tribunal de la guerra. En este tiempo Cluseret se habia gastado por completo. La duda en posicion que necesita de fé, la incertidumbre

en tiempo que necesita de accion, la sospecha cuando nada es posible sin la confianza, el cambio de sistema á cada dia, en vez de la consecuencia y de la perseverancia, le perdieron completamente, le gastaron; y más en aquellas circunstancias, pues nada iguala en el mundo á la voracidad de las revoluciones. Pero su error principal consiste en admitir la responsabilidad de un supremo mando militar sin ninguna libertad de accion. Primero, Félix Pyat y Delescluze no le dejaban vivir. Despues se nombró una comision especial de guerra, que le abandonó todas las apariencias y le quitó toda la realidad del poder. En esta situacion angustiosa debia estrellarse, y se estrelló. Cluseret fué depuesto y preso.

Entonces todos los ojos se convirtieron á Rossel. Hacia ya algun tiempo en aquella vertiginosa rapidez de los sucesos que un miembro de la Comunidad, Gerardin, acostumbrado á pelear en vanguardia, y por lo mismo conocedor de la agravacion de todas las dificultades, tramaba con Rossel á solas el medio de salvar á París, destruyendo su estúpido gobierno. Y en esto el mando supremo llegó á las manos de Rossel. La Comunidad revolucionaria le oyó, y aceptó sus ideas, que consistian principalmente en reformar el sueldo de los guardias nacionales, en salvar la disciplina por la aplicacion rigurosa de la ordenanza, y en componer un cuerpo de ejército que pudiera combatir con más empuje, y defender á París con más éxito. No les ocultó de ninguna manera que despues de los errores cometidos, y del tiempo desaprovechado, á cada minuto se aumentaban las ventajas de Versalles, y se disminuía la resistencia en París.

Parte del proyecto de Rossel se realizó el primero de Mayo, nombrando en lugar de la Comision ejecutiva, otra comision llamada de Salvacion pública. Pero Gerardin, que llevara adelante este proyecto, cayó en el error de admitir para el nuevo gobierno á Félix Pyat,

como tantas veces he dicho, uno de los literatos más ilustres, uno de los estadistas más incapaces, agitándose constantemente en el delirio de su fiebre demagógica, y no haciendo cosa de provecho en las esferas del gobierno: que la actividad sin norte y sin objeto sólo engendra abortos, y la falta de madurez en el juicio, sólo conduce á una ruina cierta.

Llegado al ministerio de la Guerra organizó Rossel ocho regimientos, brigadas activas de dos mil hombres cada una con cuarenta piezas de artillería de campaña. El pensamiento capital de esta organizacion era preparar una batalla contra Versalles porque el resultado definitivo de una defensa pasiva no estaba de antemano conocido y no podia retardar inútilmente por más ó ménos tiempo la inevitable rendicion de las cercanas fortalezas. Así lo expuso á la Comunidad en pleno durante una comida sazónada con planes militares de Pyat comparables á los más extraños cuentos fantásticos. Y como un comunero le interrumpiese con algunas reflexiones fundadas, Rossel le dijo, sois racional. ¿Eso quiere decir que yo soy irracional? le preguntó Pyat. Rossel le respondió riendósele en las barbas; y desde aquel dia fueron enemigos mortales.

La Junta de Salvacion Pública, dirigida por Pyat, dirigia á su vez todas las operaciones militares, fraccionaba la unidad de accion é impedía todo resultado favorable á los esfuerzos enérgicos del delegado á guerra. Así un dia entró Rossel en plena junta, y dirigiéndose á Pyat con imperio, le echó en cara su afan de mandar órdenes contradictorias, telégramas inverosímiles, por una actividad enfermiza, epiléptica, á todos los batallones, con lo cual derramaba la anarquía allí donde más se necesita la autoridad, en el ejército. Pyat negó, trémulo como un doctrino ante la férula de su profesor, que hubiera mandado ningun parte; y Rossel para confundirlo sacó los originales. Cogido en esta vergonzosa mentira no le quedó más que un